

NOTAS SOBRE HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS, *SINE IRA ET STUDIO*

Michele Porciello¹
Università degli Studi di Genova

Sine ira et studio
Tácito, Anales I, 1

Resumen

Entre las muchas críticas dirigidas contra el presidente Hugo Chávez cabe mencionar la de usar la historia patria de manera desaprensiva. En este trabajo, a través de ejemplos de *ira* y *studium*, se intenta demostrar que el uso y el abuso de la historia con fines políticos no son una invención del *chavismo*, sino una constante de la cultura política venezolana.

Palabras clave

Chavismo, Venezuela, manipulación, Chávez, discurso político.

* Fecha de recepción 13 de enero de 2014; fecha de aceptación 27 de enero de 2015. El artículo es resultado de una investigación desarrollada en el Departamento de Lengua y Cultura Moderna de la Universidad de Génova.

1. Michele Porciello es investigador de Lengua y Culturas Hispanoamericanas de la Università degli Studi di Genova, Italia. Sus líneas de investigación son: los exiliados filósofos de la guerra civil española; la manipulación de la historia en los discursos políticos; espacio urbano y violencia. Entre sus publicaciones figuran: *Sacerdote, repubblicano, esiliato: vita, filosofia e politica in José Manuel Gallegos Rocafull*, Editorial Academia del Hispanismo Vigo, 2011, pp. 190; “Filosofía de juglaría VS. Filosofía de clerecía”, en *Cultura Latinoamericana*, Bogotá, Planeta, 2011, pp. 149-166; “La Raza cósmica di Vasconcelos: costruzione di un mito o delirio eugenetico?”, en M. Porciello, M. Succio (ed.), *Il saggio in Spagna e Ispanoamerica, (1914-1945)*, Arcipelago Edizioni, Milano, 2009, pp. 261-280; “*El Ateneo de la Juventud*: laboratorio dell’antipositivismo messicano”, en G. Buono (ed.), *Contigo aprendí*, Rubettino, Catanzaro, 2008, pp. 291-300. m.porciello@unige.it



NOTES ON HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS, SINE IRA ET STUDIO

Abstract

Among the many criticisms aimed at President Hugo Chávez is that of his unscrupulous use of national history. Through examples of *ira et studium*, political discourse that is clearly angry and biased, this article will demonstrate that the use and the abuse of history for political purposes is not an invention of *chavismo*, but a constant in political culture of Venezuela.

Keywords

Chavismo, Venezuela, manipulation, Chávez, political debate.

Omero Ciai, firma del diario “La Repubblica”, en la introducción al libro “*Fratelli di... Chávez*”. *Dieci anni di rivoluzione bolivariana nella pubblicistica italiana (1999-2009)*, reduce el análisis del *chavismo* a dos perspectivas:

la prima, cara alle sinistre radicali di tutto l’Occidente, mette l’accento sui tentativi di redistribuzione della ricchezza e sull’attenzione alle fasce più povere del paese. La seconda sottolinea il deficit di democrazia; il tentativo di concentrare tutto il potere in una sola persona; una politica estera egemonica e interventista in America Latina; il nepotismo; la formazione di una nuova classe di oligarchi all’ombra del potere (la *boliburguesía*); la fine del ruolo bipartisan delle Forze Armate².

Ciai no tiene dudas en tomar partido con la segunda interpretación. Esta toma de posición –un ejemplo de *ira tacitiana*–, además de representar buena parte de la literatura crítica del fenómeno *chavista*, es la confirmación, a mi modo de ver, de esa limitación que el historiador venezolano Germán Carrera Damas define como el predominio de la “visión de la política practicante”. Escribe Carrera Damas:

2. O. Ciai, “Prólogo” en G. Palmisciano, A. Scocozza, “*Fratelli di... Chávez*”. *Dieci anni di rivoluzione bolivariana nella pubblicistica italiana (1999-2009)*, La Cárity Editore, Florencia, 2011, p. 9.



La crisis vivida por la democracia venezolana es estudiada desde diversos puntos de vista que representan la política practicante, la sociología, las ciencias políticas, la psicología y la historia, si bien predomina la visión de la política practicante³.

En contra de esta práctica, para que se comprenda mejor la crisis de la democracia en Venezuela, el historiador venezolano recurre “al ejercicio del espíritu crítico y a la valoración de los acontecimientos con arreglo al sentido histórico”⁴.

Un ejemplo de historización del fenómeno *chavista* –un ejemplo de *studium*, de simpatía– lo ofrece la lingüista argentina Elvira Narvaja de Arnoux, que inserta el discurso de Chávez en la que define la “matriz de los discursos latinoamericanistas”, es decir en el grupo de los que han planteado la cuestión de la unidad americana, aunque declinándola de diferentes maneras: Hispanoamérica, Indoamérica, Nación suramericana, Latinoamérica, Nuestra América, la Patria Grande⁵. Tras aclarar que el concepto de “matriz discursiva” remite “tanto a un espacio común donde se generan discursos que comparten ciertas regularidades, como a un molde que permite dar forma discursiva a datos diversos que va a funcionar también como grilla de análisis y clave interpretativa de los procesos latinoamericanos”⁶, la autora pasa a señalar los diferentes elementos que forman el esquema que permite volver a pensar en la problematicidad de la unidad latinoamericana:

1. *El contraste con la situación europea;*
2. *La figura del intelectual;*
3. *La amenaza militar-económica;*
4. *El componente programático;*
5. *La unión “natural”;*
6. *El discurso utópico;*
7. *El recorrido histórico*⁷.

3. G. Carrera Damas, *El bolivarismo-militarismo. Una ideología de reemplazo*, Ala de Cuervo, Caracas, 2005, p. 5.

4. *Ibidem*.

5. E. Narvaja de Arnoux, *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2008, p. 31.

6. *Ivi*, p. 42.

7. La lingüista ya había aplicado el esquema en el análisis de la formación de la nación chilena. Cfr. Id., *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del estado (Chile, 1842-1862). Estudio glotopolítico*, Santiago Arcos editor, Buenos Aires, 2008, pp. 463.



En el presente trabajo me gustaría hacer algunas otras reflexiones sobre el tema del “recorrido histórico”. Para Arnoux, también Chávez empieza su reconstrucción del pasado ofreciendo una “representación idealizada de la etapa de la Independencia”, asignando a Simón Bolívar el rol central que le compete: de “referencia ineludible”⁸. La historia de la fase posindependentista, en su análisis, es una historia de fracasos y traiciones, perpetradas, estas últimas, por la oligarquía nativa. Según la estudiosa argentina, la novedad de la lectura *chavista*, con respecto a otras atribuibles a dicha “matriz discursiva”, consiste en el hecho de que el Presidente no se ha detenido en el análisis de los intentos de integración. Su interés se ha orientado más bien a destacar los obstáculos que los enemigos interiores y exteriores han interpuesto a la realización del proyecto nacional. Por esta razón, a la figura de Bolívar añade todos esos “otros revolucionarios” que han tratado de realizar la utopía bolivariana. Así “el panteón de la nación latinoamericana se amplía y el tono conmemorativo se extiende a variadas efemérides patrióticas”⁹.

Se sabe que Chávez ha “abusado” de la historia en sus discursos. El documento ejemplar en este sentido es *El libro azul*¹⁰. En su introducción –tras asumir la idea del “final de las ideologías”, y el corolario de su más extrema manifestación en América Latina y sobre todo en Venezuela, a causa de los partidos políticos caracterizados más por su populismo que por sus contenidos ideológicos– formulaba una acusación de coautoría contra los intelectuales que, en su opinión, se habían limitado a importar modelos extranjeros para adaptarlos mecánicamente a las sociedades americanas contribuyendo, de este modo, a alejar al pueblo de sus propias raíces históricas. Con el objeto de poner remedio a este vacío ideológico, Hugo Chávez no se limitaba a “invocar” un modelo teórico, sino que se preocupaba también por basarlos en raíces autóctonas. De aquí, el *árbol de las tres raíces*, donde se indicaban como protagonistas a Simón Rodríguez, el Maestro; Simón Bolívar, el Líder; y Ezequiel Zamora, el General del Pueblo Soberano¹¹. No era, por supuesto, un proyecto nuevo, sino más bien una especie de repesca después de sus usos malogrados. Uno de los cometidos del *chavismo* era “provocar dicho encuentro inevitable”. El fundamento del sistema era Simón Rodríguez: artífice de su raíz

8. E. Narvaja de Arnoux, *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*, cit., p. 57.

9. *Ivi*, p. 58.

10. H. Chávez, *El libro azul*, Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información, Caracas, 2007, www.minci.gob.ve / publicaciones@minci.gob.ve.

11. *Ivi*, p. 11.



*robinsoniana*¹². Un paradigma, explicaba Chávez, basado en la seca alternativa entre “inventar o errar”, donde propugnar la necesidad de “inventar” nuevas experiencias institucionales en apoyo de las jóvenes repúblicas latinoamericanas, franqueaba del “errar” limitándose simplemente a proponer ejemplos ajenos a la nueva realidad americana. De hecho, en su texto *Sociedades americanas* (1842), Simón Rodríguez afirmaba: “¿Dónde iremos a buscar modelos? La América española es original. Originales han de ser sus instituciones y su gobierno. Y originales, los medios de fundar uno y otro. O inventamos o erramos”.

En este paradigma se va a instalar la segunda raíz del árbol ideológico: la *raíz bolivariana*. Pero, puntualizaba el Presidente, “no en lo filosófico, sino en su proyección histórica y geográfica”¹³. Aquí también el desafío se planteaba entre “inventar” una nueva sociedad o “errar” tratando de importar ejemplos ajenos al contexto americano. Chávez no ha tenido duda alguna en considerar que los dos modelos eran parecidos, porque ambos son el “producto de una época y resultan de un proceso de observación y praxis sobre una misma situación fenoménica”¹⁴.

El tríptico ideológico se completa con la *raíz zamorana*, sintetizada en el dicho: *Tierras y hombres libres; Elección popular; Horror a la oligarquía*. Según Chávez, el general Zamora “inventó los mecanismos de la insurrección campesina de 1846, para errar y volver a inventar la forma de conducir la Revolución de 1858”¹⁵. Como confirmación de que incluso este modelo ideológico presentaba relaciones fuertes con la “invención robinsoniana y la grandeza de visión geopolítica del modelo bolivariano”¹⁶.

Sin duda alguna, incluso en este documento hay un uso “desaprensivo” de la historia que podría justificar la *ira* de Gian Antonio Stella, quien, en la introducción al libro *Hugo Chávez. El caudillo pop*, escribe:

Il «mago de las emociones», come lo ha definito in un pamphlet lo psichiatra e antropologo Luis José Uzcategui, ha fatto un incantesimo. Un intruglio da curandero dove ha messo un basco militare, la bandiera rossa,

12. Samuel Róbinson es el nombre adoptado por Simón Rodríguez cuando fue obligado a dejar Venezuela por haber participado en la conspiración de Gual y España contra la corona española en 1797.

13. H. Chávez, *El libro azul*, cit., p. 15.

14. *Ivi*, p. 16.

15. *Ivi*, p. 18.

16. *Ivi*, p. 19.



una spruzzata di castrismo, due note di flauto andino, un po' di peronismo in salsa Evita e dosi triple di populismo, il tutto spalmato di melassa televisiva traboccante chiquita e muchachita e bacetti e cuoremio che manco Mara Venier a mollo nello sciroppo.¹⁷

Lo que olvida el editorialista del *Corriere della Sera* es que el uso y el abuso de la historia con fines políticos no son un invento del *chavismo*, sino una constante de la cultura política de Venezuela. Escribe la historiadora González Deluca: “El pasado (venezolano) ha sido siempre una cantera explotada sin reservas, y también sin muchos escrúpulos, para apoyar los más diversos argumentos políticos en función de estructuras de poder”¹⁸. Ya en un ensayo de 1988, Carrera Damas estudiaba los pasajes a través de los cuales se había cumplido esta operación, e identificaba tres momentos:

1. Fase de justificación de la ruptura del nexo colonial;
2. Fase de la legitimación de la estructura de poder interna mediante la fundamentación historiográfica del proyecto nacional;
3. Fase de reformulación del proyecto nacional¹⁹.

Sigamos su razonamiento.

La justificación del fin de la experiencia colonial

El primer momento del uso y del abuso de la historia en la teoría y en la práctica política coincide con la consolidación de la *lectura criolla*, es decir de la irrupción de la conciencia histórica criolla. Irrupción repentina. No anunciada. Por el contrario, las pruebas (los documentos) testimoniaban lealtad al rey. Pero, en la lectura aportada por Carrera Damas, esta lealtad contenía también el elemento opuesto, que se manifestaba en una recolocación del criollo dentro de su historicidad, porque esta “cesaba de ser una historicidad recibida para convertirse en una historicidad construida”²⁰.

17. G. A. Stella, “Prólogo” en R. Miranda, L. Mastrantonio, *Hugo Chávez. El caudillo pop*, Marsilio, Venezia, 2007, p. 7.

18. M. E. González Deluca, “Historia, usos, mitos, demonios y magia revolucionaria”, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 11, n° 2, mayo-agosto, 2005, UCV, Caracas, pp. 159-186, p. 160.

19. G. Carrera Damas, “El caso de Venezuela”, en *Usos y abusos de la historia en la teoría y en la práctica política*, Editorial Torino, Caracas, 1988.

20. *Ivi*, p. 78. Este proceso de “construcción” pertenece, claramente, a toda la América española. Y empieza, como señala Pier Luigi Crovetto, como una “spia del montante disagio dei *criollos*”. Un malestar que “sfocia nella «definizione di un passato», nella fondazione di una storia «nuova»



La maduración de la *lectura criolla* del proceso de formación de la sociedad colonial venezolana, sigue el historiador, podía ser comprendida ya en los cambios que ocurrieron en la conciencia monárquica durante el siglo XVII y que culminaron con la crisis conclusiva de la misma a principios del siglo XIX. Desde un punto de vista historiográfico, como principio de esta transformación, señalaba el libro de José de Oviedo y Baños, *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela* (1723). Del texto subrayaba sobre todo el uso del pronombre *nosotros*, un uso que permitía establecer algunas diferencias iniciales: la que existía entre criollos e indígenas y la existente entre quien era leal al rey y quien no lo era. Como testimonio de que la incipiente conciencia criolla se identificaba con “la gesta de los castellanos en las Indias”, o sea con los hechos de unos siglos atrás, con lo cual se subraya una preeminencia social y cultural en el mismo momento en el que escribía el autor.

Poco tiempo después el enfrentamiento será entre “realistas vs. patriotas”. E incluso esta vez hay una referencia a la historia –sostenida por argumentos jurídicos, filosóficos y teológicos– para legitimar sus propias posiciones. La historia se presentó de manera diferente: *como siempre había sido, como se le había intentado hacer, como realmente fue*. O con una lectura nueva: la *criolla*, precisamente. Todo ello contribuyó a determinar la “matriz de la historia patria”, es decir aquel “extraordinario trabajo de reacomodo histórico-historiográfico, el cual prosiguió a lo largo de todo el siglo XIX”²¹.

De hecho, para justificar la ruptura del vínculo colonial, se asignaron nuevos roles a los participantes de aquella historia: el criollo, por supuesto, tenía el rol de protagonista y el indígena, de opositor inicial, se transformaba en su aliado cumpliendo esa operación desaprensiva; por lo tanto

la anhelada identificación con lo metropolitano, reivindicada por el criollo como fundamento de su relación de diferenciación-dominación respecto de indios y negros, fue presentada como una forzada imposición, en una despótica privación de libertad y en una negación de identidad, cuya principal víctima habría sido justamente el criollo.²²

(e della celebrazione dei suoi eroi) della quale sentirsi figli accreditati e legittimi”. P. L. Crovetto, “Un caso di identità controversa nel Messico coloniale: Carlos de Sigüenza y Góngora”, en P. L. Crovetto, L. de Llera (ed.), *Identità Americane*, Edizioni del Paguro, Salerno, 2004, pp. 65-79, p. 66.

21. *Ivi*, p. 84.

22. *Ivi*, p. 85.



La obra de Simón Bolívar va a ofrecer una estructura teórica y factibilidad práctica al proceso independentista. Y también en el esfuerzo teórico de la teoría bolivariana, deudora de una formación euro-occidental, la presencia de la historia, sigue Carrera Damas, confirma una utilización política de uso-abuso que se inclina hacia el abuso. Explica, sin embargo, que se refiere al “legado bolivariano”, o sea a la teoría de la independencia de las colonias españolas americanas.

La justificación de la construcción del proyecto nacional

A rey muerto, no hubo rey puesto. La ruptura del vínculo colonial planteó la cuestión de la legitimidad del nuevo poder. Tres fueron las fuentes que sirvieron para tal fin:

1. la racionalidad ético-jurídica: el derecho de los pueblos a la autodeterminación;
2. la racionalidad política: la nación sustituye al Rey;
3. la racionalidad histórica.

Esta última se basa a su vez en:

- a) una interpretación nueva de la historia “universal” que atribuía a las jóvenes repúblicas un nuevo papel;
- b) la búsqueda de una identidad nueva a través de una operación ideológica que diferenciaba al criollo del europeo sin identificarlo con el no europeo;
- c) una nueva estrategia de la clase dominante en sus relaciones con las clases dominadas.

Todo esto, desde un punto de vista historiográfico, determinó la relectura de dos procesos:

- a) la experiencia militar de la guerra de Independencia (1810-1830);
- b) las dificultades en la realización del proyecto nacional tanto en su fase incipiente, que culminaba en 1864, como en su fase de institucionalización que iniciaba a partir de 1936.

Pero ¿cuál ha sido el papel de la historiografía en estas dos subfases?

Su función, escribe Carrera Damas, fue la de justificar la independencia mediante su apoyo al proyecto nacional naciente. Incluso porque, obtenida la Independencia, surgió una serie de contradicciones sintetizadas por las proposiciones:

1. Venezuela no estaba madura para la Independencia;
2. la Independencia había sido una causa impopular;



3. la Independencia no era viable;
4. la Independencia había sido inútil.

La estrategia ideológica para defenderse de los enemigos exteriores (la antigua metrópolis) e interiores (los perjudicados por los nuevos procesos políticos) consistía en consagrar la Independencia “como un fin en sí mismo” ofreciendo, de esta manera, a la conciencia histórica del venezolano “la certidumbre de un mañana no menos glorioso que el pasado y la seguridad de lograrlo una vez que fuesen superados ciertos obstáculos y se contase con la dirección adecuada”²³. Se trató, en pocas palabras, de animar una nueva fórmula ideológica: “*seremos porque hemos sido*”. Y consiguientemente, recuerda Carrera Damas, siguiendo las indicaciones del mismo Bolívar se estableció que el 19 de abril de 1810 sería el primer día de la Independencia. Pero, sobre todo, la lucha por la Independencia ya no se interpretó como guerra civil, sino como guerra internacional, dando de esta manera un respiro más amplio al proyecto nacional²⁴. El proceso fue ayudado por la creación de una historia pensada, una vez más, como uso y consumo: la *historia nacional*, que sirvió también para camuflar las dificultades socio-económicas y político-administrativas de la nueva experiencia republicana. Carrera Damas revela los mecanismos de este proceso ideológico:

1. se revalorizó la “regionalidad histórica”. Esto es, reconciliar el heroísmo de los *caudillos* regionales con su nueva visión anti-nacional (el ejemplo más significativo es *Venezuela heroica* de Eduardo Blanco, donde se intenta conciliar a Bolívar con José Antonio Páez);
2. se institucionalizó el culto a los héroes. *In primis* Bolívar, por supuesto. La epopeya del *Libertador* se convirtió en una segunda religión y, para lograr este objetivo, del culto popular se pasó al culto del pueblo, de la espontaneidad de un reconocimiento a su instrumentalización. Todo ello con la contribución de la Academia Nacional de la Historia;
3. se estableció una relación entre conciencia histórica, nacional y bolivariana, para garantizar el control ideológico total.

23. *Ivi*, p. 92.

24. Sobre la diferente interpretación de la guerra es interesante la polémica entre Laureano Vallenilla Lanz y José Gil Fortoul. Mientras el primero la inserta “en la misma categoría de cualquiera de nuestras frecuentes matanzas” (L. Vallenilla Lanz *Cesarismo democrático*, 1911), para el segundo era ilusión pura “ver en la Independencia una «guerra civil», cuando evidentemente desde 1811 fue guerra internacional, de la nueva nacionalidad americana, aunque todavía en formación, contra la nacionalidad representada por la tradicional monarquía española” (J. Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, 1930).



La justificación de la reformulación del proyecto nacional

En la tercera fase, según el esquema del histórico venezolano, la historiografía tenía que dar cuenta del arduo proceso de formalización del proyecto nacional. Efectivamente, después de su institucionalización (Constitución de 1864) sigue un largo periodo de incertidumbres. Dicho proceso vuelve a empezar a partir de 1936, se consolida momentáneamente en el trienio *adeco* 1945-1948 y alza el vuelo definitivamente después de 1958. El resultado es el que Carrera Damas describe como “la tardía institucionalización del Estado Liberal democrático”, precisando:

Con esa denominación quiero significar el hecho de que tal institucionalización, solicitada desde la ruptura del nexo colonial, se logra cuando el estado de la sociedad se caracteriza por su avanzada estructuración capitalista, en el marco de una modernidad en la cual las demandas de carácter social y económico generan retos cuyo enfrentamiento impone graves derogaciones del orden liberal democrático, representadas por soluciones de inspiración socialista²⁵.

Este nuevo sistema –liberal-democrático en la perspectiva jurídico-política y de inspiración socialista en la jurídico-social– debía apoyarse una vez más en una nueva historiografía alineada ideológicamente: de la *historia nacional* se pasa a la *historia de la sociedad venezolana*. Este cambio está garantizado por dos líneas de desarrollo:

- a) se establece una nueva dialéctica entre elite y pueblo;
- b) se conforma, a través de una nueva declinación del heroísmo (civil, colectivo y empresarial), la expresión máxima de la heroicidad del momento: el heroísmo burgués.

Se trata de los confusos años ochenta, que culminan con el *caracazo* de 1989²⁶. Al poco tiempo, se produce la *intentona* golpista de 1992 encabezada por un grupo de militares, entre los cuales se encontraba el teniente coronel del Ejército Hugo Chávez Frías. La cita con el poder sólo se aplaza hasta 1998, cuando Chávez ganará las elecciones presidenciales.

El *caracazo* y la *intentona* marcan de todas maneras el final del sistema político venezolano nacido con los acuerdos del “Pacto de

25. G. Carrera Damas, “El caso de Venezuela”, cit., p. 96.

26. Con el término *caracazo* nos referimos a las agitaciones que ocurrieron en Caracas en febrero de 1989 como respuesta a la nueva política económica impulsada por el presidente Carlos Andrés Pérez e impuesta por el Fondo Monetario Internacional.



Punto Fijo²⁷. Un sistema político que, según el historiador Juan Eduardo Romero, se había basado en tres grandes peculiaridades:

- a) la insistencia en el consenso como expresión político-democrática, que permitiera la búsqueda de soluciones a las divergencias surgidas entre los actores políticos en la implementación de las relaciones de poder;
- b) la evasión del conflicto, a través del cual se aseguraba que las divergencias debían ser solucionadas a través de los marcos institucionales establecidos por el sistema de partidos y los actores socio-políticos y nunca mediante medios violentos, ello por intermedio de un sistema de pactos o acuerdos;
- c) el desarrollo de un Programa Democrático Mínimo (PDM), destinado a la expansión del Estado de Bienestar, y a través de éste el incremento del gasto público y la generación de respuestas sociales a las necesidades del ciudadano, mediante la intermediación de los partidos²⁸.

La crisis de este sistema, continúa Romero, determina la *intento-na* de 1992 que, a pesar de su fracaso, modifica significativamente la “psiquis del venezolano promedio” y cambia sobre todo parte de la representación política iniciada en 1958:

- a) con la idea de que los partidos políticos podían satisfacer los requerimientos del ciudadano común, pero al mismo tiempo beneficiarse del ejercicio del poder mediante un clientelismo sin límites;
- b) los partidos políticos tradicionales (AD y Copei principalmente, pero también URD), y por lo tanto sus líderes –Rómulo Betancourt, Rafael Caldera, Jóvito Villalba– eran los padres de la democracia, equiparados en su majestad e impacto histórico con los padres de la patria y como ellos impolutos e intocables;
- y c) que el centro de la actividad pública estaba no en el ciudadano, sino en el líder surgido de la militancia política, que señalaba al pueblo ignorante el camino a seguir²⁹.

27. En vista de las elecciones presidenciales que se realizarían en Venezuela a finales de 1958, las tres formaciones políticas principales (AD, Copei, y URD) acordaron algunos criterios generales que pudieran salvaguardar el proceso de unidad nacional y garantizar el funcionamiento de los mecanismos institucionales. El acuerdo produjo tres importantes documentos: el “Pacto de Punto Fijo”, la “Declaración de Principios” y el “Programa Mínimo de Gobierno”. Durante la firma estaban también los representantes de la organización empresarial venezolana Fedecámaras y los de los sindicatos, el Comité Sindical Unificado Nacional. Además se encontraban los representantes de la Junta Patriótica, de la Federación de Gremios Universitarios y de la Federación de Centros Universitarios. El único excluido fue el Partido Comunista Venezolano.

28. J. E. Romero Jiménez, “Usos e Interpretaciones de la historia de Venezuela en el pensamiento de Hugo Chávez”, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, cit., pp. 211-235, p. 214.

29. *Ivi*, p. 215.



El *chavismo* pasa de la *pars destruens* a la *pars construens* y propone una doctrina nueva que Romero sintetiza en tres puntos:

- 1) la insurgencia del 4 de febrero adquiere un carácter reivindicativo de la condición política de los ciudadanos, y con ello se desprenden del hecho cierto de que su acción significó una reacción legítima contra el sistema político venezolano;
- 2) la acción de los complotados en 1992, por su significado ético y moral, provee por osmosis de capacidad técnica y política para gobernar a todos ellos;
- 3) se plantea una nueva lectura de la historia política venezolana, con un antes y después del 1992, que es en sí misma un intento de reconstruir los referentes de interpretación de todo el pasado histórico –reciente y lejano– venezolano y de la venezolanidad misma³⁰.

Una vez más, una nueva lectura de la historia a través del proceso de la “reestructuración del tiempo histórico” que se realiza a través de:

- a) la desmitificación del ritual simbólico que asocia la implementación de la vida democrática en Venezuela, a través de los padres fundadores (Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Jóvito Villalba);
- b) una relectura del pasado reciente próximo, que ha sido presentado como pernicioso y antidemocrático, para la vida política venezolana, especialmente en lo referente al balance político de los gobiernos de Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita³¹.

Por lo tanto, según esta interpretación impregnada de *studium*, la historiografía *adeca* (el *j'accuse* se manifiesta contra el texto de Rómulo Betancourt, *Venezuela, política y petróleo*) se había atribuido, incluso para justificar el golpe del 18 de octubre de 1945, el papel de artífice de la construcción del proceso democrático en Venezuela. Para derribar esta tesis, y para legitimarse a su vez, el *chavismo* se compromete a deslegitimar esta reconstrucción recuperando positivamente la experiencia política de los jóvenes anteriores a 1945.

Por eso, si el mecanismo de la manipulación histórica ha sido una constante en la vida política venezolana a partir de la Independencia, ¿cuál es la especificidad del discurso político de Hugo Chávez? Según la historiadora Deluca, esta especificidad consiste en el hecho de que con Chávez no se ha escrito simplemente la historia, sino que se ha

30. *Ivi*, p. 216.

31. *Ivi*, p. 222.



realizado una obra de apropiación, una “privatización del pasado y de sus mitos y símbolos fundadores, que dejan de ser nacionales para identificarse como fundamento doctrinario de un proyecto político, de su líder y de sus seguidores”³².

Más allá de esta interpretación permanecen las preguntas de método que Deluca plantea al comienzo de su ensayo:

¿Qué papel hacen los historiadores? ¿Qué sentido tiene el estudio con rigor académico en una disciplina que se dice científica y sin embargo construye un saber que puede ser cambiado a capricho? ¿Se justifica en esas condiciones formar especialistas en la disciplina del análisis del pasado? ¿Cuántas versiones admite la historia? ¿Qué hay de la verdad histórica?, ¿y qué de la historia como memoria compartida?³³.

Como respuesta recurre al “compromiso moral del historiador con la verdad”. Una verdad que se puede obtener a través de un

apego al análisis crítico de las fuentes, al espíritu de trabajo para agotar la búsqueda y la consulta de las fuentes y especialmente de aquellas que contraríen su percepción del problema, a las exigencias del método histórico y a los límites de la interpretación, significa disposición de vencer prejuicios y de aceptar con valentía que la evidencia puede hacernos cambiar nuestra hipótesis y cambiar nuestra visión preconcebida de la historia³⁴.

En resumen, una reconstrucción hecha, como ya dijera Tácito, *sine ira et studio*.

32. M. E. González Deluca, “Historia, usos, mitos, demonios y magia revolucionaria”, cit., p. 175.

33. *Ivi*, p. 160.

34. *Ivi*, p. 184.